

mocion? ¿te he consagrado yo á ti y á tus camaradas las horas mas preciosas de mis siete últimos años, para que tengais todos la presuncion de entregaros á los sentimientos y quejas cuando trato de proporcionarme en los siguientes algunos placeres en una compañía tan de mi gusto?

Humilléme ante el anciano ofendido protestando de mi inocencia en cuanto pudiese haberle disgustado. Parecióme algun tanto aplacado; pero me miraba con aire sospechoso sirviéndose para hacerme una pregunta de las palabras con que se explicó el anciano Norton en la balada por título *La insurreccion del Norte*.

EL AUTOR DE WAVERLEY.

Dimelo, Paco Norton.
El más mozo de tu raza.

Cuanto quieras por ti haga:
Abreme tu corazon.

DRIASDUST. Diré á vm. implorando su perdon paternal por mi presuntuosa temeridad, que no he podido menos de suspirar al pensar era muy factible que vm. se aventurase entrando en una sociedad de críticos, porque como anticuarios, es para ellos un deber especial averiguar la verdad, y por consecuencia pueden censurar con tanta mayor severidad estas digresiones que con frecuencia suele vm. hacer sin venir al caso para la historia ó la verdad.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Lo comprendo. quiere vm. decir que estos sabios no sufrirán una novela cuya base es la historia.

DRIASDUST. Señor mio, para no callarle nada, me temo que tengan tanto respeto

á esta base, que puedan intentar oponerse á la exactitud de principios sobre que se habrá levantado el edificio sostenido en ella, como el viajero instruido no puede contener la expresion de su desagrado é indignacion, cuando al pasar por la Grecia, se halla con un kiosko turco sobre las ruinas de un antiguo templo.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Pero un kiosko puede tener su mérito, pues que no es posible reedificar el templo. ¿Qué piensa vm.? Si la arquitectura no se ha reformado del todo, á pesar de las criticas hechas, segun principios clásicos y severos, presenta por lo menos alguna cosa no comun, y ofrece á la imaginacion un no sé qué de fantástico, que el observador contempla con el mismo placer que leyendo un cuento oriental.

DRIASDUST. No estoy en el caso de luchar contra vm. por metáforas, señor mio; pero para descargo de mi conciencia debo decirle, que le critican mucho el que corrompa los manantiales puros de los conocimientos históricos: dicen se acerca vm. á ellos como el embriagado, que en otro tiempo enturbió el cristalino liquido destinado á mitigar la sed de su familia, echándole una veintena de pilones de azucar y un tonel de ron, resultando, de un brebaje simple y saludable, una bebida narcótica y que embriaga, aunque sin duda mas agradable al paladar que el primitivo fluido, y por esto mismo mas pérfido y dañoso.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Doctor, convengo en que es muy justa su metáfora; mas aunque no puede el mejor ponche

suplir cuando falta el agua, sin embargo tomado con moderacion no debe considerarse como *malum in se*; y si el cura que fué á visitar al honrado bebedor, despues de haberle ayudado á vaciar la bota emborrachándose el sábado por la noche, hubiera predicado el domingo por la mañana contra el modo que tuvo de recibirle, yo le hubiera reprendido su poca delicadeza. Le hubiera dicho, que el sabor del licor debia haberle contenido al momento, y que si bebiera una gota de mas, debia condenar su imprudencia, mas bien que la hospitalidad del que le convidaba.

DRIASDUST. Confieso, que no comprendo bien á que puede aludir esto.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Porque vm. es uno de aquellos disputadores, que no

quieren seguir la metáfora mas allá de lo que les conviene. Ademas voy á explicarme. Un pobre diablo como yo, cansado de poner en contribucion su talento estéril y limitado, busca algun tema general en el dilatado campo de la historia tan abundante en todo género de ejemplos; se detiene en algun personage, en alguna combinacion de circunstancias, ó en algun rasgo de costumbres, que le llama la atencion; se persuade será suficiente para formar con provecho la base de una ficcion; le aplica el colorido que le acomoda, la adorna de incidentes fabulosos para realzar el efecto general, é introduce personajes que puedan reunidos contrastar mejor, y se imagina tal vez haber hecho al público algun servicio, si puede presentarle un agradable cuadro

de imaginacion, para el que no le ha servido mas que de bosquejo la anécdota ó circunstancia que eligió. Ahora bien : no puedo advertir en esto el menor mal. Los tesoros de la historia son accesibles á todos : y no se agotan por lo que de ellos se toma, como ni la fuente se apura por el que coje agua de ella para su uso diario ; y para contestar á la modesta acusacion de falsedad, contra una ficcion anunciada como tal positivamente, no se necesita mas que repetir la exclamacion de Prior.

¿Se ha de jurar, ¡Vive Dios!
Ser verdad una cancion?

DRIASDUST. Eso puede muy bien ser; pero me temo que su respuesta sea evasiva. No le acusan á vm. de falsificador

de la historia con formalidad, sin embargo que le puedo asegurar he leído algunos tratados muy importantes en que se creia necesario contradecir sus asertos.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Esto era sin duda lo mismo que apuntar con un cañon al vapor de la mañana.

DRIASDUST. Pero ademas, se dice sobre todo que vm. puede exponerse á causar el abandono de la historia, contentándose los lectores con los conocimientos superficiales que adquieren leyendo sus obras que los inducen á dejar los libros mas serios y exactos.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Niego la consecuencia : al contrario, creo poderme gloriar de haber dirigido la atencion del público acerca de diferentes puntos aclarados por las indagaciones que han hecho

leyendo autores mas sabios, porque mis novelas habian inspirado algun interés para ello. Podria citar pruebas; pero detesto la vanidad, si, aborrezco la vanidad. Se conoce la historia de la varita de virtudes. Es una rama de arbol sin valor en si misma; pero indica con sus movimientos el parage donde están escondidas bajo de tierra las venas de los metales preciosos, y que despues enriquecen á los aventureros, sus descubridores. No reclamo un gran mérito por mis instrucciones históricas; pero no dejan de serlo.

DRIASDUST. Nosotros los anticuarios, menos indulgentes, señor mio, podremos convenir con vm. en este punto; es decir que sus obras han puesto algunas veces á los hombres de un sano juicio, en el caso de hacer averiguaciones, á que sin este

motivo tal vez no se hubieran dedicado. Pero no por eso se libra vm. de una grande responsabilidad, por haber dado una mala direccion al genio de los jóvenes, los indolentes y gentes de poco juicio, presentándoles obras cuya instruccion aparente acalla los gritos de su conciencia por el tiempo que emplean en leerlas; y que sin embargo no les llena la cabeza sino de hechos mal concebidos é inciertos, y aun con frecuencia inverosímiles.

EL AUTOR DE WAVERLEY. No me atreveria yo, reverendo doctor, á criticar á un hombre de su ropa que usa el lenguaje del hipócrita*; pero suplico á vm. me diga: ¿ese *pathos* con que apoya ese peligro,

* Cant. — Ed.

no se le parece un poco? Sostengo al contrario que presentando á la juventud altiva la verdad adornada con los atavíos de la ficcion, hago un servicio real á los que tienen mas aptitud y genio, porque el gusto por las ciencias solo necesita un agente que excite. Cuando está bien dispuesto un rastro de pólvora, la menor chispa basta para inflamarle. Por lo mismo cuando se ha tomado interés por aventuras ficticias atribuidas á una época y á personajes históricos, se comienza á sentir el deseo de saber cuales son los hechos ciertos y si el autor de la novela los ha representado bien.

Mas suponiendo tambien que el ingenio del lector mas indolente se contente con la frivola lectura de una nada histórica, no dejará el libro sin haber adqui-

rido algunos conocimientos, que tal vez, no serán los mas exactos, pero que sin ella no hubiera llegado á tener. No hablo aquí solo de los ingenios ordinarios y poco curiosos, me refiero al contrario á las personas dotadas de grandes talentos; pero que por faltarles el tiempo ú la perseverancia están dispuestas á contentarse con los conocimientos superficiales que pueden adquirir por este medio. Por ejemplo, habiendo citado con poca exactitud el duque de Malborough en su conversacion no sé qué rasgo de la historia de Inglaterra, se le preguntó donde lo habia leído. — En las piezas históricas de Shakspeare, contestó el vencedor de Blenheim, la única historia de Inglaterra que en mi vida he leído. No es necesario mas que un momento de reflexion para con-

vencernos todos de que las partes de la historia, que mejor conocemos, son las puestas por aquel poeta inmortal en la escena inglesa.

DRIASDUST. ¿Y tiene, mi apreciable señor, un deseo tan eficaz de prestar igual servicio á la posteridad?

EL AUTOR DE WAVERLEY. ¡Libreme Dios y todos los santos de incurrir en pecado de vanidad tan mal fundada! Me limitó á mencionar lo que ha sucedido cuando habia gigantes en el pais. Y sin embargo todavía los pigmeos como yo de la época actual pueden hacer alguna cosa; y aun cuando un modelo sea inimitable, siempre convendrá mucho tenerle á la vista, pues al fin es un modelo.

DRIASDUST. Muy bien, señor mio, vm.

puede decirme á mí cuanto se le antoje; porque hay motivos suficientes y sabidos que me impiden replicar á sus argumentos. Pero dudo sean capaces todos sus discursos de hacer tolerables al público los anacronismos que hay en estos volúmenes.

Vea vm. aquí una condesa de Derby, á quien resucita para atribuirle no sé cuantas aventuras, veinte años despues de su muerte.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Puede pedirme esa señora le pague daños, perjuicios y las costas, como Dido contra Virgilio.

DRIASDUST. El mayor defecto está en que se representan las costumbres del tiempo de un modo mas incorrecto aun de lo que se acostumbra. Su Puritano es

nada mas que un debil bosquejo comparado con su Cameroniano *.

EL AUTOR DE WAVERLEY. Estamos conformes ; mas aunque insisto en sostener que la hipocresía y el fanatismo deben ponerse en ridículo y que merecen la sátira , conozco la dificultad de convertirlos en objetos de risa ú horror sin emplear un colorido que ofendiese á los que con sinceridad son virtuosos y religiosos. No todo lo permitido legalmente es por lo mismo conveniente; y hay algunos sentimientos demasiado dignos de nuestro respeto para merecer nuestra censura severa , aunque no los tengamos enteramente.

DRIASDUST. Por no decir, estimado

* Balfour de Burley, *Cuentos de mi huesped.*—ED.

señor mio, que acaso encuentra vm. el asunto como apurado.

EL AUTOR DE WAVERLEY. ¡Vaya con mil diablos la generacion presente, siempre interpreta mal la conducta de las otras!

Al decir esto abrió la puerta y haciéndome un ligero besa manos bajó corriendo la escalera. Levánteme al momento y toqué la campanilla llamando al criado, que vino al instante. Habiéndole preguntado donde estaba el forastero, me respondió que no le habia visto, y sostuvo no haber entrado alma viviente en mi cuarto. Hícele ver las botellas vacías, y el grandísimo tunante tuvo la desvergüenza de contestarme que otras veces habia él visto las botellas vacías aun cuando estaba yo solo. No me es facil decidir un asunto tan dudoso; pero imitaré sin duda

xxxvij

EPISTOLA.

el ejemplo de vm., colocando este diálogo
y esta mi carta al frente de *Pevenil del
Pico* y disponga vm. de

Su mas humilde y obediente
servidor.

JOHN DRIASDUST.

York, dia de San Miguel de 1822.

PEVERIL DEL PIGO.

CAPITULO I.

Fué cuando, alzado su pendon, Discordia
De la guerra civil lanzó la tea ;
Cuando el odio, altivez, venganza, envidia,
Sembraron su zizaña por do quiera.

Guillermo-el-conquistador fué, ó al me-
nos creia ser el padre de un tal William Peve-
ril, que combatió bajo sus órdenes en la bata-
lla de Hastings, donde se distinguió. No pare-
cia probable se opusiese la ilegítimidad de su
hijo á los favores de un monarca, que, despre-